



SIGLO XII.

1.º

La luz del día acababa de dejar de alumbrar el suelo español, cuando la infanta Doña Urraca, despidiendo á todas las damas de su corte quedó sola en su cámara poseída de la mas profunda melancolía. Pocos dias antes ostentaba su hermoso semblante risueño y alegre; pocos dias antes al ceñirse el manto de brocado y tisú recamado de plata, al colocar sobre su tersa y blanca frente la diadema de piedras preciosas, habia pasado largas horas delante de su espejo metálico para aumentar el brillo de su hermosura: ora ni el brocado ni las joyas llaman su atención; ora la embarga acerbo llanto; una sola palabra ha bastado para tan singular contraste. Reclinada en el sillón dorado, lleno de caprichosas molduras con un lienzo adornado de fino encaje, enjuga sus lágrimas, y en medio de su dolor una idea sola la ocupa. Sus ojos los tiene fijos en una puerta que está al frente de sí, por ella debe entrar su camarera, esta debe ser la precursora de su desgracia ó su fortuna. Al cabo de cortos instantes se presenta y dice precipitada á media voz: "Señora el conde." Al acabar de pronunciar estas palabras, ya habia penetrado el conde en el aposento. En el momento que distingue á la infanta, dejó caer el embozo de su capa y des-

cubrió su larga cabellera. La camarera sin esperar orden alguna salió al instante del cuarto de la infanta. Esta dirigió la palabra al conde y le dijo: ¿Pudistes conseguir algo? — Imposible, respondió el conde con tristeza. Yo he reunido á la mayor parte de los grandes los he hablado y casi todos han aprobado mi opinion, y no tan solo la han aprobado, sino que han representado á Don Alonso de Castilla; pero Don Alonso ha olvidado los servicios de sus leales castellanos, y sus humildes súplicas las ha escuchado con la mas alta indiferencia. Mañana ha dispuesto que entregéis vuestra real mano á Don Alonso de Aragon, mañana una sola palabra privará á Castilla de la joya que mas la embellece, y por la cual todos respiran con placer, el aura de Toledo, y mañana.....

¿Conde! exclamó sobresaltada Doña Urraca, advirtiéndole el fuego que iba enrojeciendo su semblante. ¿Qué quereis decir?

—Nada, Señora, respondió moderándose el conde, mañana el conde de Candespina recibirá un decreto de muerte.

—¿Morir Don Gomez! ¿Y por qué causa?

¿Y la infanta me lo pregunta? ¿La infanta ignora que debe abandonar en pocos dias la tierra que tuvo la honra de verla nacer? ¿Qué debe partir con su espo-

so? ¿Qué no volverá jamás á pisar este real alcázar?

¡Nunca mas! exclamó Doña Urraca, eso no, Don Gomez, primero moriré. ¡Yo abandonar Toledo! ¡Yo privarme para siempre!..... El llanto ahogó sus palabras: si la fuerza pudiera decidir..... continuó. Conde, ¿Teneis valor?

Os entiendo, contestó Don Gomez, vuestra boda no se verificará, yo os lo prometo: os lo juro..... El cielo os guarde, infanta, mañana..... mañana..... repitió sonriéndose, me volveréis á ver. Dijo y desapareció.

Doña Urraca sintió un placer secreto que parecia presagiar alguna ventura. Trató de conciliar el sueño sin que la oprimiese la idea de ser esposa de Don Alonso de Aragon.

El nuevo día amaneció mas presto que quisiera. Todo estaba dispuesto para el casamiento de la Infanta; los balcones y ventanas estaban magníficamente adornados; un inmenso pueblo ocupaba las calles para ver de cerca á sus soberanos. Estos salieron á las doce del régio alcázar, los reyes de armas, los donceles y pajes de ambos reyes iban todos delante sobre arrogantes caballos cordobeses, próximos á las personas reales, los grandes y ricos hombres. Doña Urraca iba en una silla de mano de marfil, sostenida por cuatro nobles, á los que de trecho en trecho sustituían otros cuatro. A la derecha de la silla de la infanta iba Don Alonso de Castilla tambien á caballo, y á la izquierda el prometido esposo cubierto de lucientes armas, adornadas de clavos y labores de oro. Detras iban todas las damas en sillas elegantes y de trabajo esquisito, y cerrando la comitiva doscientos hombres armados. Entre todos los grandes se distinguia uno, el conde de Candespina, mas que por sus joyas y bordados, por su aire abatido y melancólico. Todo el pueblo miraba con admiracion la comparsa real, alguna parte se mostraba bulliciosa é inquieta, y mayormente á la presencia del conde de Candespina. En la entrada del templo aguardaba todo el cabildo, el sacerdote al pie del ara. Doña Urraca entró en la catedral con el título de infanta, y cuando salió ya era reina de Aragon.

2.º

“Mengua y manceilla será sufrir por mas tiempo el vilipendio que soportamos. Castellanos, ¿qué veis ahora de Castilla? Volved los ojos, los soldados que guardan nuestras ciudades y castillos ¿qué son? Aragoneses. Los gobernadores que nos mandan ¿son por ventura castellanos? No, aragoneses. Los tesoros de Castilla todos los recoge Aragon, nuestros soldados empuñan las armas no para defender nuestros hogares, sino para ensanchar los límites de Aragon. Nuestra reina jime entre yerros en la fortaleza de Castellar, tal vez confia en el esfuerzo de sus amigos, y sus amigos aun no se han decidido á prestárselo. ¿Y con qué derecho nos ha exijido Don Alonso el juramento de fidelidad? No es él nuestro lejítimo soberano: su casa-

miento es nulo. Escuchad. ¿Pueden contraer matrimonio los parientes paternos en tercer grado? No. Don Alonso lo es de Doña Urraca. El visabuelo de ambos fué Don Sancho el mayor rey de Navarra. Todos lo podeis recordar, y anudado su casamiento deberemos obedecerle? Jamas.” (1)

Así hablaba el conde de Candespina á los grandes y ricos hombres del reino que por su llamamiento estaban reunidos en su palacio. Todos al escuchar las razones del conde le ofrecieron su ayuda para libertar á la reina, y para pelear contra el rey de Aragon. El conde se aprovechó de la efervescencia de los grandes, y despues de disponer todo lo necesario marcharon todos á la cabeza de los suyos á la fortaleza de Castellar. En el momento que la divisaron hicieron alto, y unicamente el conde se adelantó á la ciudad acompañado de un paje de su confianza. Al cabo de algunas horas que permanecieron á caballo fuera de sus puertas, oyeron que se dirijia hácia ellos un hombre á caballo. ¿Quién vá? preguntó el conde. — Castellano, respondió el que corría.

—Alto.

—Confianza y valor.

Esa es la seña, dijo el paje, de Don Gomez. Ya en esto habia llegado hasta ellos el que acababa de contestar al conde.

Dudaba si vendría Enrique, dijo aquel. ¿Qué nuevas traes?

—Mejores que las que podeis desear. ¿Queréis venir á Castellar?

—Pero.....

—La reina os aguarda con impaciencia, nada temeis que temer; una gran parte de la guarnicion del castillo está de nuestro bando; en el momento que vean fuerzas castellanas dan el grito: venid hablaréis á los capitanes, y acordaréis lo que convenga.

El conde, sin responder palabra, metió la espuela al brioso potro que montaba, y los tres se dirijieron á Castellar. Entrados que fueron en la fortaleza, el conde, antes que todo, se presentó á doña Urraca. Las ventanas de su prision caian al pétió principal del castillo. El conde fue introducido en él, y á una seña convencional apareció doña Urraca entre sus yerros.

Nunca dudé de tu valor, dijo la reina en el momento que le vió. La esperanza de verme libre por tí, me ha consolado en mi prision. ¿Está todo dispuesto? Pero ¿qué veo? Estás triste, melancólico. ¿Te turba algun pesar?

Un suspiro fue la contestacion del conde.

—¿No te han prestado auxilio? No me digiste.....

—La verdad, mañana estareis libre, doña Urraca, tengo la satisfaccion de haberme consagrado siempre exclusivamente á vos. Vos sola habeis sido la única que habeis reinado en mi corazon, y ciego con vuestro amor, para mí no existen las hermosuras; pe-

(1) En aquel tiempo no se habia introducido la costumbre de casarse por dispensa.

ro vos.....—Yo por tí me veo en esta prision, por tí he llorado todos los días, por tí desprecio la corona de Aragon y despreciaré la de Castilla..... He preferido tu amor á la infamia..... ¿Ha hecho mas el conde de Candespina?—El conde de Candespina no ha hecho nada, nada que merezca publicarse, pero ha depositado todo su cariño en una hermosa, y esta hermosa.....—Prosigue.—Si le ama, ama tambien al conde de Lara.—¿Y tú has podido creer las falsedades de mis enemigos? Bien sabes....—El sonido de un clarín interrumpió la conversacion de los amantes: Enrique se presentó y dirigió al conde estas palabras.—Señor, se ha presentado un espia dando parte de la llegada de vuestro ejército; el gobernador ha reunido sus soldados y se dispone á defenderse.—Nada importa; vuestras fuerzas son superiores, su resistencia será vana. A Dios reina, pronto romperé vuestras cadenas.

No sin dificultad logró evadirse el conde, la fortaleza estaba toda conmovida, y las guárdias se habian doblado. Por fin se reunió á los suyos, y al rayar el día apareció delante de los muros de Castellar. Castilla y la reina, gritó el conde; Castilla y la reina, repitieron los soldados; Castilla y la reina, se escuchó en algunos ángulos del fuerte. Cuando los del conde se disponian al asalto, en vez del pendon aragones ya ondeaba sobre la torre el castellano. Mil gritos de triunfo y de alegría resonaron entonces por todas partes, y á cortos instantes únicamente repetia el eco victoria, victoria. A esta voz atronante saltaron los cerrojos de la prision de doña Urraca. Vanamente quisieron impedirlo el gobernador y algunos adictos. Su resistencia abrevió el término de sus días. El conde de Candespina con todo el orgullo de un vencedor se presentó á la reina seguido de la mayor parte de los grandes, y con voz esforzada la dijo. El cielo ha protegido nuestra causa, reina. En Castilla ha fijado su asiento la felicidad; venid á encontrarla.

3.º

Un guerrero acababa de llegar á Zaragoza cubierto de sangre, polvo y sudor, casi al tiempo que se apea de su caballo revienta de fatiga. Este guerrero se presenta á D. Alonso y le dice: El conde de Candespina acaba de apoderarse con su gente de Castellar, la reina está libre y se dirige á Castilla.

El rey al escuchar tan inesperada nueva, despues de algunos momentos de pausa dijo: que se publique mi divórcio, y que todos los grandes y hombres de armas se dispongan para pelear. Los deseos del rey tuvieron pronto cumplido efecto, en breves días apresó un numeroso ejército pronto á combatir.

En Castilla no dejó de haber algunas alteraciones, el amor de la reina llegó á ser público, y muchos pueblos no solo desconocieron la autoridad de D. Alonso de Aragon, sino tambien la de doña Urraca, y buscando un legítimo y digno sucesor, fijaron los ojos en su hijo y á este proclamaron rey en muchas partes á

pesar de la memoria de su edad. Sin embargo la reina aun tenia defensores, aun podia oponer un dique á las tropas de su marido, y estimulada por los condes de Candespina y Lara se resolvió salirle al encuentro.

El conde de Lara aspiraba á merecer el amor de doña Urraca y aunque poco ejercitado en el manejo de las armas se ofreció el primero á defender la independencia de la patria: en efecto prevenido todo lo necesario tomó este el mando de la vanguardia y el conde de Candespina el del resto del ejército.

D. Alonso se habia metido en Castilla por Soria y Osma y hacia esta parte acudió prontamente el ejército de la reina. Cerca de Sepúlveda se encontraron castellanos y aragoneses, y los campos de Espina fueron testigos del ardor de los combatientes.

Allí se decidió la suerte de doña Urraca: al primer encuentro el conde de Lara y los suyos se miraron envueltos y volvieron vergonzosamente las espaldas. En vano Candespina con una voz de trueno animaba y exhortaba á los que huian. El desórden y la confusion se habian introducido en sus filas, no por eso desmayó; él peleó como valiente, fue causa de asombro y terror, muchos espiraron al filo de su espada, muchos mordieron la arena bajo los pies de su caballo, y él tambien la mordió: espiró pronunciando el nombre de la reina.

La reina acompañada de su fiel camarera aguardaba temblando en Burgos noticias del combate. Un jóven cubierto de lucientes armas se presentó seguido de un page que conducia el pesado yelmo que su cabeza no podia sufrir: este jóven era el conde de Lara, su aine triste y melancólico anunciaba la noticia de que era portador. "Hemos perdido, dijo, los aragoneses han triunfado. ¿Y D. Gomez? preguntó al instante doña Urraca.

D. Pedro esforzándose á suspirar, á encubrir el placer que la desgracia de su rival le causaba con voz casi acabada pronunció bajando los ojos, ha muerto.—Un torrente de lágrimas inundó las bellas facciones de la reina—; Ha muerto! repitió, ese es el galardón de los valientes; ¡ha muerto! tal vez desamparado, tal vez solo sin tener uno que haya corrido á su socorro. Maldicion sobre los traidores y cobardes que le hayan abandonado.

No dijo mas; inmediatamente hizo la abdicacion en favor de su hijo, quien fue saludado por rey con júbilo y contentamiento de todos.

Doña Urraca sobrevivió algunos años á su desgracia y murió el año 1126.

BELLAS ARTES.

ESTADO DE LA ESCULTURA EN ITALIA.

Primer artículo.

Cuando hablamos de las bellas artes, nuestra imaginacion no puede menos de trasportarse á la Italia. Esta es en efecto su verdadera patria, en esta es donde domina la escultura. En Roma, en París, en Londres en

Berlin, para acabar de una vez, en cualquier parte donde se halle un museo que encierre dentro de si una Venus, un Bruto, ó un Antinoo, se ven representadas muy al vivo la religion y la historia de los antiguos. Las estatuas trasportadas á la gran ciudad en médio de las pompas triunfales, no eran mas que la historia compendiada de cada una de las naciones sometidas á su imperio. Bien pronto se erige un pueblo de piedra en los templos, en los palácios, en las plazas públicas, en las en crucijadas, cuya inmovilidad forma un contraste singular con el bullicio del gentio que cruza las calles: y esta es la razon porque Miguel Angel abandona á Floréncia, y con la Biblia en la mano va á buscar su Moises en las orillas del Tiber, fundando alli la escultura cristiana.

Esto no obstante: ¿cuál es el espíritu que anima en el día las esculturas en Italia? ¿Es acaso el de Phidias ó el de Miguel Angel?

Antes de hacer esta averiguacion, es preciso distinguir el espíritu del pueblo, del de los artistas.

Esta distincion sería absurda en otra cualquier época donde el carácter del pueblo se hubiese ya fijado, y donde las leyes, las costumbres y la unidad de un país estribasen en fundamentos sólidos; pero los italianos fundan sus esperanzas del porvenir en lo pasado, y por todas partes se ven erigir estatuas y monumentos á la gloria de los hombres ilustres de la antigüedad. Los gobiernos lisonjean al pueblo favoreciendo su gusto, pero en cambio no le presentan mas estatuas que las de los Reyes. Los escultores fijan por lo general su atencion en las Venus y en los Apolos, y se dejan arrastrar de lo hermoso de este género, aun cuando la religion les ordene lo contrario, pues en este caso saben transformar á Apolo y presentarlo bajo la forma de un Angel, y á Venus bajo la de una Magdalena. He aqui la escultura clásica. ¿Y no hubiera sido mejor que los papas hubiesen roto todas las estatuas en el momento que intentaron atajar que volviese la idolatría? Canova ha reunido en su taller toda la mitologia, y la corte de Roma, ha colocado sus obras en las salas del Vaticano.

Es muy difícil á los artistas desentenderse enteramente de lo antiguo de este género que los cerca por todos lados. Casi todos saben que sobre las puertas de bronce de la iglesia de San Pedro se ven esculpidos los amores incestuosos de Júpiter, visto lo cual no debe extrañarse ya que los talleres estén atestados de Venus, de Martes, de Cupidos y otras divinidades.

El espíritu público por el contrario, se opone á esta inclinacion de los artistas, y tiende á la reforma de la escultura: no pide ya estatuas para el Cesar, sino para Torcuato Tasso. Alfieri se indigna de que á este grande poeta se le haya dado sepultura en la capilla de un convento sin señal alguna de distincion, y en un soneto propone que se convierta la basilica de San Pedro en un vasto sepulcro donde se depositen sus cenizas. Este monumento obra del escultor Fabri, es muy sencillo, sobre el sepulcro se ve al poeta, teniendo á su

lado la imagen de la Virgen, y al otro su pompa funeral; en lugar de esta hubiera sido mas propio representar el bautismo de Clorinda, obra maestra de su pluma, á la manera que se esculpe en la tumba de un guerrero las victorias debidas á su espada. Para hacer los gastos de esta escultura, se abrió una suscripcion en la que figuraron bien pronto los nombres de un gran número de extranjeros distinguidos. Mr. de Chateaubriand al hacer su ofrenda dijo: que el que habia cantado las glorias de las cruzadas pertenecía á todas las naciones. Mr. Fabri fue el encargado de ejecutar el modelo en mármol.

A Thorwaldsen se debe el monumento de Pio VII, en el cual emplearon los poetas y los oradores tantas imágenes tomadas de la Biblia y de la mitologia de todos los pueblos y de todas las edades, que un siglo entero no bastaria para hacerse cargo de todas. En la parte de arriba se ve al papa, á un lado la Fuerza y la Constancia, al otro, la religion consultando la Biblia. Todos los artistas dan á esta obra un grado de ejecucion sublime, al paso que notan en ella una frialdad grande. Los canónigos de S. Pedro se indignaron al verla, y dijeron que era la obra maestra de un bárbaro y de un herege. Hemos de suponer que Mr. Thorwaldsen era dinamarques, y que los canónigos llamaban bárbaros á todos los que no eran italianos. El taller de este hábil escultor es muy vasto, y todas sus piezas están llenas de estatuas. Camucini es quien le ayudó en su carrera, por envidia á Canova; le hizo sacar su retrato, y colocándolo con todo lujo lo enseñaba á todo el mundo, como el de un grande escultor. Sus obras mejores son: un pastor y el triunfo de Alejandro, imitacion de un relieve del templo de Minerva en Atenas.

Al lado de su taller se marcan los dos artistas que sin disputa le aventajan en génio, como él los aventaja en fortuna; Mr. Finelli y Mr. Tenerani. Este ha trabajado largo tiempo al lado de Thorwaldsen; y aunque entonces no era conocido, experimentó bien pronto la necesidad de franquearse. Su primer obra notable es la de Psychoe, que le fue encargada por una noble florentina. Parece que en esta circunstancia la fealdad pudo inspirar la hermosura. Otro trozo no menos notable, es un relieve representando la catástrofe del poema de los mártires de Mr. de Chateaubriand, su dibujo se halla en el salon de M.^{me} Recamier, en el cual no se sabe qué admirar mas, si su elegancia, ó su amor á las artes. Mr. Tenerani ha hecho tambien Venus, génius amores, distinguiéndose en ellos el ingenio del autor, pero le falta la proteccion y la fortuna: su taller es tambien muy sencillo, como el de Mr. Finelli, artista verdaderamente digno de este nombre, y cuyo noble orgullo no ha sabido jamas doblarse á la menor lisonja: su Venus saliendo de la concha, es muy notable, y recuerda la del poeta Lucrécio. Ella es, segun éste, el símbolo de la naturaleza; pero su ángel del juicio final, no tiene inspiracion religiosa; le falta el ardor de gesto propio, del que despierta á los muertos para comparecer á ser juzgados, y mas bien puede llamarse

un trompeta celestial tocando á retirada. Quiza el autor no habrá leído jamas el Apocalipsis, ni habrá meditado detenidamente las formas de un ángel.

Después de los artistas distinguidos de que acabamos de hablar hay un sinnúmero de otros varios que no hacen mas que atormentar con su cincel las divinidades del paganismo. La corte romana protege bastante las bellas artes, y los prelados y cardenales suelen hacer visitas frecuentes á los artistas en sus mismos talleres. El cardenal Zurla después de haber examinado con mucha detencion las gracias esculpidas por Thorwaldsen para el monumento Appanni esclamó en estos términos: ¿podrá imaginarse que nuestras bellas romanas hayan servido de modelo á este artista? Sus gracias están en efecto bien lejos de brillar por la perfeccion de las formas y el cardenal hizo justicia á la hermosura de las romanas. La escultura ha sido admitida en el Vaticano y los papas la han cedido sus espaciosos salones, aunque sometiénola á las leyes de la decencia. Los príncipes romanos menos amadores de las obras del ingenio han mandado hacer excavaciones para enriquecer sus galerías, verdaderos cementerios de las bellas artes, como dice La Martine hablando de los museos. En efecto, sus opulentos dueños rara vez entran en ellos, y dejan su goce esclusivamente á los caminantes y extranjeros. (Se concluirá.)

CUEVA DE LA ERMITA.

En la costa de N. E. de la isla de Mallorca está la ciudad de Alcúdia rodeada de pantanos, entre dos puntos á manera de península, y la hermosa villa de Pollenza. Caminando de aquella al S. por la costa oriental de la isla, á dos léguas de la villa de Artá se vé la Cueva de la ermita que ocupa el hueco de la montaña, cuya cima señala la torre Massot; recórrase con entusiasmo aquel profundo laberinto, donde entre vários salones divididos por columnas y por otros restos de cristalizaciones, ostenta la naturaleza uno de sus mas prodigiosos laboratorios. En ella encuentra el viajero admirado cuerpos regulares de arquitectura, columnas de diferentes órdenes, arcos, cornisas, adornos de gusto gótico de vários géneros, y todas estas fábricas que compone y levanta el agua en ella, con la formacion continua de atalactites, le suspenden y arrebatan por poco sensible y observador que sea, y le conducen á profundas meditaciones sobre la grandeza y la magestad de la naturaleza, y sobre la fecha antigua que debe suponerse al principio de esta fábrica portentosa, cuyos aumentos y variaciones son lentas y pausadamente progresivas. Las cristalizaciones nada tienen de misteriosas ni de raras, pero este palacio de historia natural, esta oficina de tanto fondo, donde se reúnen como en un museo tantas riquezas de variedades en la forma de la materia cristalizada, y cuerpos tan grandiosos, tal vez no tiene compe-

tidor en todo el globo. El tránsito á la cueva desde la orilla del mar, cerca de donde desemboca el torrente de Artá, es un ascenso por una ladera de una montaña cristalizada, y sin mas espacio para el paso que una estrechísima senda, siempre desmejorada y casi perdida en tiempo de aguas, con un bosque á la izquierda y á la derecha el mar, que viéndose muy inferior, y separado solo por precipicios casi perpendiculares á los pies del viajero, inspira un terror no enteramente pueril ni vano. La entrada de la cueva tiene exactamente la figura de una albarda, y la misma sigue en todo el techo de lo interior: para penetrar en los primeros salones es preciso franquear dos precipicios, donde la calidad verdadera del obstáculo, unido á la silenciosa lobreguez que allí reina, inspira horror al mas osado. Pasado este vestíbulo, ya se recorren sin embarazo todas las piezas de la gruta, donde siendo el piso escombroso, y á veces obstruido por los fragmentos de la misma cristalización que van cayendo, y reinando en ella la mayor oscuridad, es preciso ir acompañado de dos ó tres hachones, que comunmente conducen los prácticos que hay en el pueblo, ya para no caer, ya para registrar con fruto los cuerpos diferentes y las estancias y adornos que se presentan por todas partes. En algunos puntos se ve como el agua que cae va formando este ú otro sólido que se levanta poco á poco; y así al mismo tiempo que se admiran las obras, se toca el artificio, y se palpan los procedimientos con que llega á tan grandes y estrordinarios resultados. Acá y allá en diferentes paredes y columnas se ven escritos los nombres de algunos viajeros y las fechas en que la visitaron. Citas no trazadas por una vanidad necia, sino por la inocente complacencia que ocupa al que al hacer estas inscripciones, reconoce ser dia que hace época en la vida del que destinó á registrar los senos ocultos donde la materia inorgánica encierra tantas maravillas. Hay tambien allí dentro una balsa pequeña de la misma agua que se cristaliza, y que se bebe con buen sabor y efecto. Al extremo de todos los salones está el que contiene una altísima y corpulenta columna, como para despedir al observador lleno de admiracion y de encanto. No encierra todo el tesoro de la petrificación esta cueva: debajo de ella hay otra que llaman el infierno, por su hondura y oscuridad, donde se hallan las mismas columnas, los mismos grupos, las mismas obras prodigiosas en fin, que en la primera, sin otra diferencia que conservarse mas blancas y virginales, digámoslo así, por no haber penetrado allí las teas y hachones de los viajeros, con cuyo humo se han denegrido y dejado parte de su primitivo brillo las de la cueva superior. Algunos viajeros mas atrevidos se han descolgado por una escala de cuerdas, y esponiéndose á estravios funestos, han bajado á aquellos abismos y explorado en el dominio de las tinieblas el laboratorio del agua y la naturaleza de sus productos, y visto en sus calles y columnas el nombre de los viajeros que los dejaron escritos en ellos antes de la mitad del siglo XVII.



GARCIA LASO, o GARCILASO DE LA VEGA, célebre poeta español, nació en Toledo en 1503, fue hijo de otro Garcilaso, gran comendador de Leon, y embajador de los reyes católicos en Roma, y de Doña Sancha de Guzman, señora de Batre, tierra de la ilustre casa de Guzman. Fernando V dió al padre de nuestro poeta el apellido de la Vega en memoria de un combate que sostuvo contra uno de los moros mas valientes de Granada. Garcilaso habia nacido para la vida campes-re y solitaria, si hemos de juzgar por sus poesias, que solo respiran amor y paz, manifestando la estremada dulzura de su carácter. Sin embargo, su nacimiento le llamaba al ejercicio de las armas, y pasó su vida en los ejércitos, siendo su carrera brillante y tumultuosa. Desde jóven siguió á Carlos V y se encontró en la guerra del Milanesado (1521) distinguiéndose por su valor, sobre todo en la batalla de Pavia. En recompensa de su intrepidez se le confirió en Viena la cruz de la orden de Santiago. Gozaba de los favores del emperador, cuando una aventura amo-

rosa se los hizo perder para siempre. Un primo suyo estaba enamorado de una señora de la corte, que habia merecido el afecto de C. V., y parece que Garcilaso favoreció con todas sus fuerzas la pasion de su pariente, cuyas intenciones eran honestas; lo que sabido por el emperador, fue causa para que desterrase al primo y confinase á Garcilaso á una isla del Danúbio. Durante su detencion en ella compuso una de sus canciones, en la cual deplora sus desgracias y celebra al propio tiempo los encantos de la comarca que riega el rio. En 1535 fue de la expedicion que Carlos V mandó contra los turcos de Tunez, y volvió de ella cubierto de gloria y de heridas. Despues pasó algun tiempo en Nápoles y en Sicilia, donde se entregó á su ocupacion favorita, la poesia; descontento en la guerra se complacia en crear con su imaginacion una arcadia romanesca, sin dejar por eso de ser soldado, pues tenia valor y no le faltaban talentos militares, asi es que se le vió seguir (en 1536) al ejército á Francia mandando treinta compañías de tropas

españolas; esta fue su última campaña, y en la retirada de Marsella halló una muerte digna de su valor. Algunos paisanos franceses se habían encerrado en una torre, desde la cual incomodaban bastante al ejército imperial, por lo que mandó el emperador á Garcilaso fuese á tomarla por asalto. Este ejecutó la orden con mas valor que prudencia, y habiendo subido el primero al asalto, cayó derribado por una piedra que le hirió mortalmente.

Trasportáronle á Niza, donde murió á los veinte y cuatro dias en noviembre de 1536 á la edad de 33 años. Las armas y las letras lloraron su pérdida, y aun el mismo emperador lo sintió tanto, que habiéndose tomado la torre, mandó ahorcar los 28 paisanos que quedaron de 50 que componían la guarnición. Garcilaso se había casado á la edad de 25 años con una señora aragonesa llamada Doña Elena de Zuñiga, de la que tuvo un hijo que á ejemplo de su padre terminó su vida en la flor de su edad en un combate contra los holandeses. Aun cuando la vida de Garcilaso no está exenta de gloria, su fama la debe sobre todo á su mérito literario, que le ha adquirido el nombre de reformador de la poesía española, haciendo época en su siglo. Los españoles poseíamos una especie de poesía muchos siglos antes de Garcilaso que consistía en unos romances y en los versos de arte mayor compuestos de doce sílabas, como estos en que Alfonso el sabio cuenta que había aprendido de un célebre alquimista á hacer la piedra filosofal, por medio de la cual había podido aumentar sus rentas.

La piedra que llaman philosophical
sabia hacer, é mi la enseñó:
fizímosla juntos, despues solo yo,
conque muchas veces creció mi caudal.

A mediados del siglo XIII, un religioso benedictino introdujo los versos alejandrinos.

Quiero far una prosa en roman paladino

En el cual suele el pueblo hablar á su vecino.

En el reinado de Juan II, gran protector de las letras, fué cuando la poesía española tomó un carácter verdaderamente nacional; este príncipe reunió á su alrededor á los mas hábiles poetas castellanos y trovadores valencianos, y entonces se vieron aparecer al sabio marques de Villena, Juan de Mena, al marques Mendoza de Santillana, Juan de la Encina y otros; y la versificación se sujetó á algunas reglas segun dos artes poéticas dadas por estos últimos. Pero esta versificación todavia era muy uniforme cuando ya el Dante Petrarca y Sannazar se hacian admirar en Italia y toda Europa por la profundidad y encantos de sus composiciones. Por último, aparecieron Boscan y Garcilaso, unidos desde la infancia por la mas íntima amistad: penetrados uno y otro del mérito de estos tres grandes hombres y alimentados con su lectura resolvieron operar una reforma general en el mal gusto que dominaba todavia. Boscan fué el primero que entró en Liza. Garcilaso no hizo sino seguirle, pero tuvo en ventaja el talento de sobrepasarle acercándose mas á la dul-

zura y suavidad del Petrarca, mientras su rival imitaba mas felizmente la precision y energia del Dante. Todos los poetas contemporáneos se alzaron contra una reforma que los condenaba: pero en vano evocaron las sonbras de sus predecesores; el génio de los dos sabios novadores triunfó de sus cábalas. Garcilaso y Boscan obtuvieron el título de *padres de la buena escuela*: Garcilaso fue llamado *Petrarca español*, *príncipe de la poesia española*, y la gran reforma se operó. Boscan que le sobrevivió seis años recogió sus obras, pero la muerte le sorprendió antes que pudiese publicarlas. Garcilaso no llegó á la inmortalidad por el número de ellas; pues todas se hallan contenidas en un pequeño volumen; pero aunque reducido marca cuanto puede servir de modelo. Su género mas peculiar es el tierno y patético, que reina en el mas alto grado en todas sus composiciones. Entre sus sonetos que serán unos treinta se debe distinguir el siguiente:

O dulces prendas por mi mal halladas
dulces y alegres cuando Dios quería!
juntas estais en la memoria mia,
y con ella en mi muerte conjuradas:
¿Quién me dijera cuando las pasadas
horas en tanto bien por vos me via,
que me habíais de ser en algun dia
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por término me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

Pero lo que lleva á su mas alto grado la gloria de Garcilaso es la primera de sus tres églogas, que ha servido de modelo á una multitud de imitadores, que no han podido igualarle. Esta composicion de algunos cuatrocientos versos fué escrita en Nápoles donde su autor se habia penetrado á un tiempo del espíritu de Virgilio y del de Sannazar. Dos pastores Salicio y Nemoroso se encuentran, y en sus cantos lastimeros expresan á su vez el dolor que al uno causa la infidelidad:

"Por ti el silencio de la noche umbrosa."

Y el otro la muerte de su pastora:

"Como al partir del sol la sombra crece."

Hay en el primero una dulzura, una delicadeza, una sumision; y en el segundo un dolor tan profundo, y en los dos una pureza en el entendimiento pastoril que afectan tanto mas, cuando se consideran que el escritor era un guerrero destinado á morir pocos meses despues en los combates. Cada verso encanta á la vez por la verdad del sentimiento exaltado; pero que conmueve por la feliz eleccion de la expresion, y por una armonía que nada deja que desear al oido. Sin embargo, el canto de Nemoroso interesa mas todavia tal vez porque conmueve con mas dulzura. El trozo donde habla del rizo de cabellos de su querida:

"Una parte guardé de tus cabellos."

no tiene modelo entre los antiguos ni entre los modernos, segun Mr. Bouterweck.



LUCHA DEL AGUILA DE CABEZA BLANCA CON EL HALCON PESCADOR.

A orillas de la catarata del Niágara, en la arena, y hendiduras de las rocas, multitud de aves de rapiña acechan casi á la flor del agua á los peces que juegan en ella ó esperan los cuerpos de las ardillas, gamos y osos que queriendo atravesar el rio son arrastrados por la rapidez del torrente. — Allí encuentran todas las aves un alimento abundante: pero las mas fuertes y hábiles, tienen con frecuencia una mas diestra y terrible, cuya mirada espia todos sus movimientos teniéndolos en un terror continuo: este enemigo es el águila de cabeza blanca, que vive indistintamente en cualquier punto y arrebatada en todas partes: si bien su gusto por los pecados le conduce con mas frecuencia á las orillas del mar. — Posada sobre la copa de un árbol gigantesco desde el cual domina á lo lejos la tierra y el agua: altiva y serena observa debajo de sí los diversos movimientos de las aves de rapiña de segundo orden, y cuando descubre al halcón pescador sus ojos se animan, su cuello se prolonga y heriza, sus alas comienzan á desplegarse, y se estremece de impaciencia.

El zumbido del vuelo del halcón, que desciende con la rapidez de la flecha hiere su oído; le vé hacer saltar la espuma del mar, y elevarse en seguida dando un chillido de triunfo y de placer con un pez que en vano lucha entre sus uñas.

Este chillido es la señal que el águila espera; enton-

ces persigue y toca al halcón que lleno de espanto redobla su ligereza. Uno y otro suben al espacio, señalan su curso con mil rodeos súbitos, trazan círculos, nudos, y espirales infinitas entre el cielo y la tierra, hasta el momento en que fatigado el halcón con su presa la deja escapar dando un grito de desesperación. Entonces el águila queda inmóvil por un momento, reúne sus fuerzas, se precipita en línea recta, y recoge el pez ensangrentado, aun antes de que haya podido tocar el agua.

Este espectáculo es muy frecuente no solo en la orillas del Niágara, sino tambien en todas las costas escarpadas ó desiertas, y la rapidez, la fuerza y la destreza de los dos enemigos, afectan siempre un vivo interés: se experimenta cierto pesar ó indignación al ver triunfar al águila de la industria del halcón, y es digno de notarse que casi nunca se para la consideración en el papel que el infeliz pescado representa en esta lucha.

EDITOR RESPONSABLE. R. SOLA.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA.

Calle del Leon, núm. 21. — MADRID: 1837.